

VIOLENCIA INVISIBLE O DEL ÉXTASIS AL DOLOR

Dra. Lourdes Fernández Rius

Facultad de Psicología, Universidad de La Habana
lourdes@psico.uh.cu

LAS MUJERES SE VEN ATRAPADAS EN EL CUMPLIMIENTO DE UN «MANDATO CULTURAL»: SER «MADRESPOSAS-AMAS DE CASA», LÍDERES Y PILARES EMOCIONALES DE UNA FAMILIA. LAS MUJERES SON SERES PARA (Y A TRAVÉS DE) LOS DEMÁS, LO QUE OBSTACULIZA SU AUTONOMÍA Y SU CONDICIÓN DE SUJETOS Y LAS CONVIERTE EN SERES DEPENDIENTES ECONÓMICA, SOCIAL, JURÍDICA Y AFECTIVAMENTE.

*Hay amores que matan.
Quien bien te quiere te hará llorar.
Mátame pero no me dejes nunca jamás.
Quiero un hombre violento.
Sin ti es inútil vivir.
Uno va arrastrándose entre espinas en
afán de dar su amor.*

Las relaciones de pareja se asocian con fantasías de éxtasis y amor. Sin embargo, la pareja no solamente es ternura. Dicho idilio es acosado constantemente por vivencias de servidumbre y dominio, por contradicciones, crisis, encantos-desencantos, encuentros-desencuentros, que desembocan en pequeñas y grandes rebeliones.

¿Cuándo en el amor, el erotismo y la sexualidad se difumina el éxtasis para convertirse en dolor? ¿Qué significación posee en ello la perpetuidad de la cultura patriarcal? ¿Cuáles representaciones de lo femenino y lo masculino transitan aún en la subjetividad de algunas mujeres y hombres?

Hoy no es posible minimizar el progreso dentro del cual el patriarcado de coerción deja atrás su lugar. En los últimos años las mujeres de muchos países han logrado un reconocimiento como ciudadanas y la ampliación significativa de sus derechos. Se han desmontado las barreras que

hasta hace poco les impedían acceder a niveles más elevados de formación o a ciertos puestos de trabajo o de dirección.

Sin embargo, sutil, consensual, con otros rostros de dominación, el patriarcado, universal y longevo, está aún aquí, impenitente.

Los valores y las normas identificables con una determinada construcción simbólica de masculinidad y feminidad sobreviven, aunque ello apunte hacia un sincretismo en el cual se vertebran diversidad de culturas, costumbres, tradiciones, religiones, relaciones económicas y núcleos de género.

Estamos ante un tránsito en el cual coexisten lo tradicional y lo innovador en puntos de tensión entre conservación y cambio.

Hoy, aunque se pulse por desmontarla y redimensionarla, no ha desaparecido la noción estereotipada de *lo femenino* asociada al hecho de engendrar y parir, a lo que es dado por la naturaleza seguida de una maternidad sacrificial. Ello articula con la idea de sexo-procreación, a la vez que deslegitima la sexualidad-placer en un cuerpo que por demás es objeto de deseo. Dulzura, delicadeza, sentimientos, intuición: ¿lo femenino?

Las mujeres, quienes predominantemente son objeto de tales asignaciones, se ven atrapadas en el cumplimiento del «mandato cultural»: ser

«madresposas-amas de casa», líderes y pilares emocionales de una familia, en fin, el cuidado. Esto es el núcleo del «cautiverio» o ausencia de libertad de las mujeres que refiere M. Lagarde (2001). Las mujeres son seres para (y a través de) los demás. Esto obstaculiza su autonomía y su condición de sujetos, tendiendo a ser dependientes económica, social, jurídica y afectivamente.

Se enlazan aquí tres mitos:

- ser mujer = ser madre
- la erótica femenina es pasiva
- vivir en pareja como centro de sus vidas.

¿Cómo vivir todos estos mandatos? ¿Cómo lograr que nuestro cuerpo siempre sea deseado y, a la vez, tener que reprimirlo en el espacio del deseo, porque no es lo mismo «estar buena» que «ser buena»? Se puede «estar buena» reprimiendo el cuerpo deseante, ofreciéndolo para dar vida y cuidado, a la vez que se pierde vida y autocuidado como precio de «ser buena». Sobre estos mandatos volveremos más adelante.

Los estereotipos van cambiando, pero la masculinidad, en su connotación patriarcal, sobrevive y se incentiva. Junto a la permeabilidad de las fronteras de género subsiste una noción estereotipada de *lo masculino* articulada alrededor de la virilidad, la potencia, del sexo como placer, de la homofobia. Perfección, excelencia, razón, competencia, dominio, agresión, autonomía, independencia, decisión, autosuficiencia, seguridad emocional, control sentimental: ¿lo masculino?

Este contenido se asigna de modo predominante a los hombres, quienes conforman su identidad masculina, en buena medida, alrededor de los genitales, asociados inconscientemente a la idea de poder. De ahí las frases o palabras que hacen referencia a éstos para subrayar fuerza, ímpetu, decisión, dominación. El fantasma de la homosexualidad les compulsa hacia la «hipervirilidad» insistente, como los alardes de proezas eróticas muchas veces distorsionadas o fantaseadas para autoafirmarse ante sí y sus pares, la exageración de la agresividad o la censura en la expresión de la ternura.

Los valores y roles escindidos para cada género pretenden, apoyándose en diferencias sexuales, establecer una desigualdad que se convierte en asimetría, en jerarquía y poder de lo masculino sobre lo femenino, unas veces visibles y otras ocultas.

Estamos ante el poder patriarcal, pieza bien antigua que sostiene hasta hoy buena parte de la injusticia y las desigualdades humanas y que constituye la esencia de la violencia de género.

Poder entendido como la posibilidad de control y dominio sobre la vida o actividades de otras personas, básicamente para lograr obediencia y sus derivaciones. Supone tener recursos, como bienes o afectos que aquella persona que se quiera controlar valore y no posea, así como medios para sancionar y premiar a quien obedece.

El control o poder puede ejercerse sobre cualquier aspecto de la autonomía de la persona a la que se busca subordinar: pensamiento, sexualidad, economía, capacidad decisoria, afectos,...

Son varias las manifestaciones que indican la continuidad del poder patriarcal. Una de éstas es la existencia de altos índices de violencia extrema; otra, *la inequidad en el acceso a la educación y la pobreza humana*, concentrada más aun en las mujeres. Por ejemplo, las tecnologías educativas no son alcanzadas por la mayoría de las mujeres, sesenta millones de niñas no llegan a la enseñanza primaria y dos tercios de los novecientos sesenta millones de analfabetos son mujeres (Pérez, 1999).

Otras de estas manifestaciones son *la división sexual del trabajo*, en un mercado laboral que le es desfavorable a las mujeres a partir de salarios más bajos y de empleos menos prestigiosos o bloqueados en cuanto al ascenso en calificación o a puestos de toma de decisiones; y *la doble o triple jornada laboral*, derivada de la falta de consideración del trabajo doméstico y familiar no remunerado que hacen las mujeres «por amor», que supone una sustracción añadida de energía física, psíquica y de tiempo de vida.

El *tiempo de las mujeres* aparece como algo gratuito, infinito, no considerado en muchos países por las políticas sociales y económicas, ni en la dinámica interna de la vida familiar.

Sin embargo, deseo detenerme en otra expresión de continuidad del poder patriarcal tal vez menos evidente. Se trata de *la explotación de la condición de género* de las mujeres, del amor, el afecto y el cuidado ofrecido por ellas en el marco de las relaciones de pareja y filiales.

En la esfera de la sexualidad, del erotismo, de los afectos, de los vínculos amorosos es en la

que con más facilidad se perpetúa, «imperceptiblemente», de modo inconsciente y acrítico, la relación de dominio-sumisión patriarcal y la sujeción femenina. Esto constituye un punto nodal en la comprensión de las relaciones de género actuales. A continuación trataremos de develar algunas de sus aristas.

Este poder, arraigado como idea y como práctica en nuestra cultura, se perpetúa por su naturalización. Deriva de aquí un sistema de dominio-sumisión en lo económico y en lo social que se expresa psicológicamente en las relaciones de pareja desde un modo sutil hasta modos más evidentes y explícitamente violentos.

La *pareja* es un espacio particular de *poder*. En ésta se desarrollan aspiraciones personales, sexuales, de trabajo, de creación y la vida cotidiana. Por tanto, cada cual intentará ejercer influencia sobre la vida de la otra persona, controlar, intervenir, prohibir, decidir, defenderse, cobrar deudas, vengarse y hacer justicia.

En las relaciones de pareja, estas situaciones de poder son más desfavorables para las mujeres, que suelen ser invisibilizadas para acentuar la creencia de que hoy en día en la vida amorosa se desarrollan prácticas recíprocamente igualitarias. Además, este tema del poder en los vínculos amorosos se vive como enfrentamientos pragmáticos, como molestias menores, como asuntos de «entre marido y mujer, nadie se debe meter», sin la conciencia del poder que se está ejerciendo o recibiendo.

La *violencia de género* es entendida como cualquier acto, omisión, amenaza o control que se ejerza contra las mujeres en cualquier esfera, que pueda resultar en daño físico, emocional, sexual, intelectual o patrimonial con el propósito de intimidarlas, castigarlas, humillarlas, mantenerlas subordinadas; negarles su dignidad humana, el derecho a decidir sobre su sexualidad y su integridad física, mental o moral; menoscabar su seguridad como persona y el respeto por sí mismas; o disminuir sus capacidades físicas o mentales (Guzmán, 1994).

La violencia psicológica se aprecia en la lucha por el poder, la competencia por la influencia o el dominio que alguien puede ejercer sobre otra persona. La misma se torna invisible, queda enmarcada dentro una familiaridad acrítica, por lo

cual se reproduce fácilmente a través de la cultura. Su desmontaje resulta mucho más difícil y aparece mucho más extendida y habitual de lo que pudiéramos imaginar.

En algunas parejas esta lucha por el poder se hace de modo sutil y hasta elegante. En otras parejas, unos ejercen dominio en una esfera de la vida; y otros, en otras esferas.

Volvamos puntualmente sobre la estereotipada noción patriarcal de feminidad que comentamos antes. Si la examinamos detenidamente, podremos identificar diversos elementos alrededor de los cuales puede tejerse la violencia de género en el espacio de los vínculos amorosos.

EL CUERPO DE LA MUJER COMO OBJETO DE DESEO

Después de parir ha cambiado mi cuerpo. Ahora hay muchachas mucho más lindas... Yo no me siento digna de él. Yo me siento inferior.

La autoimagen corporal sigue ocupando un lugar esencial en los procesos de autoconciencia, de identidad personal y autovalorativos en las mujeres, y se manifiesta de modo especial en la vida sexual y amorosa. El tiempo, la edad, la belleza, la salud y el cuerpo son ejes vitales en la articulación de la identidad femenina.

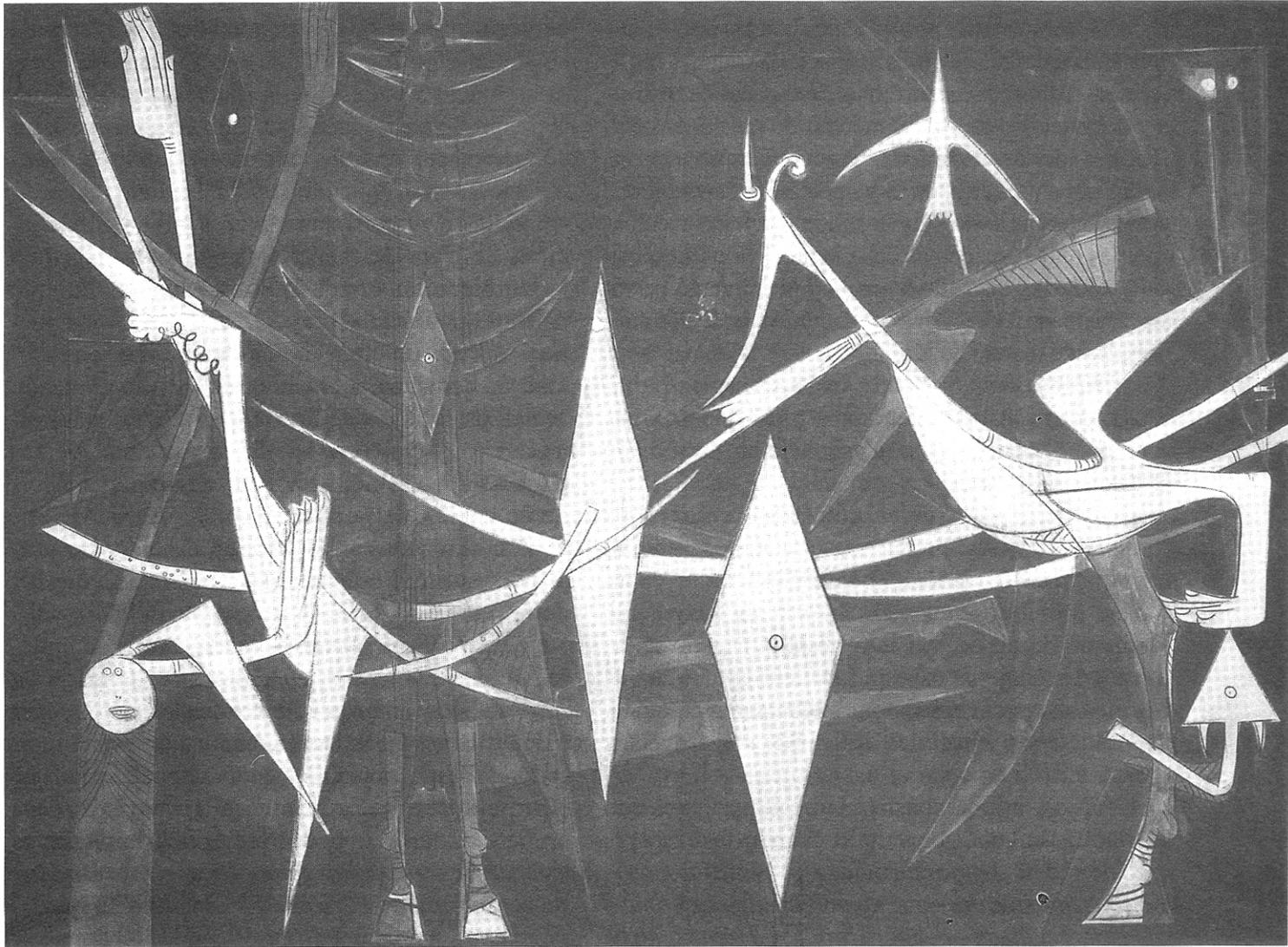
Se trata de uno de los factores generadores de violencia hacia las mujeres, que se conoce como la «tiranía del cuerpo» (Lagarde, 2001): una sexualidad erótica y reproductora en un cuerpo para otras personas, o servidumbre erótica de las mujeres.

A su vez, las mujeres son partícipes y viven este interjuego de deseo y ser deseada como criterio de autoestima y amor propio («estar buena»).

Las mujeres no debemos expresar nuestros deseos sexuales, pues me parece que es como ser prostituta.

La feminidad que se espera de las mujeres, las impulsa a vivir la sexualidad más para la *procreación* que para el *placer*, lo cual subsiste hoy a pesar de los discursos innovadores de libertad y modernidad según los contextos específicos.

Constituye una violencia desde la cultura que impone restricciones e impide el pleno desarrollo y crecimiento personal de las mujeres. El placer sexual aparece aquí asociado al pecado, a lo desagradable,



a lo penalizado, y provoca culpas, miedo, castigo y autocastigo. En este sentido, no menos importante es el vínculo más o menos inconsciente que muchas mujeres hacen entre la genitalidad masculina y el poder («Que no se aprovechen de ti», «Todos los hombres quieren lo mismo», «Cuando logran lo que quieren, te dejan»), o el síndrome de la «caperucita».

Se trata de una presunción eterna de vulnerabilidad imaginada y a veces, lamentablemente, real. A ello las mujeres responden con rechazo, lo cual subyace en no pocos de los problemas sexuales femeninos que se vinculan al hecho de no permitirse dicho placer, en el temor hacia el autoerotismo o al sentimiento de empoderamiento de la otra persona con respecto a sí mismas.

La construcción cultural del mito de la erótica «pasiva» en las mujeres instala en ellas una

heteronomía erótica que sostiene la creencia de una única forma de placer, de la heterosexualidad exigida, de la familia monogámica, de la fidelidad femenina *versus* la infidelidad masculina.

Cuando conozco a un hombre e inicio relaciones sexuales, finjo tener desconocimiento en materia de sexualidad.

Algunas mujeres temen desafiar en el sexo; temen demostrar mucho conocimiento o emplear el conocimiento que se posee; temen perder la aceptación de «buena mujer» en el sentido de la *madre-posa*, lo cual resulta de especial importancia en la sexualidad e identidad de las mujeres.

Alimentando dicotomías, la madre-buena mujer y la puta-mala mujer se desintegran en la propia mujer. Ser «íntegra» sólo es posible desde la sinonimia del mito «ser mujer = ser madre», que finalmente es fragmentar.

Este *sexo procreación* conduce a la *maternidad*, eje aún de la identidad femenina para muchas mujeres. La maternidad es, además de espacio de disfrute y realización personal, condición de presiones ocultas, vía sutil de control, de dominio. Esto se expresa, entre otros aspectos, en la perpetua incompatibilidad entre lo privado y lo público, que es vivida con culpas por las mujeres, además de la incidencia en sus posibilidades de desarrollo humano y crecimiento personal. Hablamos de la maternidad en su acepción más amplia, de maternaje, de cuidado.

Muchas mujeres exitosas en espacios públicos, profesionales, están solas o no tienen hijos, como si el éxito estuviese asociado al sacrificio de la vida en familia.

Se expresa también cuando se culpa a las mujeres ante fallas en la educación de los hijos, en la atención y cuidado del hogar y la familia, cuando se prohíbe o interfiere en un nuevo vínculo amoroso de ellas. «Mi hijo no tendrá padrastro», dice un señor a su ex esposa. Ésta es una de las formas de ejercer dominio y violencia psicológica, de someterlas y hacerlas desistir de sus proyectos personales.

Hijos, hijas, esposos, padres, familiares son fuente de culpas, sobre todo cuando las mujeres deciden vivir sus propias vidas.

Asimismo, se observa en ocasiones el *abuso de la capacidad femenina por el cuidado*, como es fomentar o crear condiciones para que las mujeres prioricen sus conductas de cuidado incondicional en detrimento de sus espacios propios. El *aniñamiento tiránico* o la *inspiración de lástima* de algunos hombres, apelan a la predisposición femenina al cuidado y le inducen a pensar que sin ella todo podría terminar muy mal.

En la cultura patriarcal suelen ser los hombres *los dominantes y más violentos*, para un comportamiento de dependencia y maternaje ampliado en las mujeres, llegando algunas a tolerar durante años la hostilidad y la agresividad de sus parejas con el presunto mito de «quien bien te quiere, te hará llorar». El asunto se acrecienta cuando las mujeres no colocan límites a esta situación. Durante el proceso de socialización se va creando en las mujeres una dependencia emocional, una actitud de renuncia, entrega, subordinación y obediencia y asisten con cierta naturalidad a la

expropiación de su cuerpo, de su sexualidad y de su subjetividad.

Agunto todo esto por mantener el matrimonio, pues pienso que no encontraría otro hombre; en fin,... todos los hombres hacen lo mismo.

Por lo general, las mujeres quedan en sujeción. Se trata del contrato sexual que legitima la dominación en el ámbito privado, aunque desde el contrato social se hable de mayor justicia y democracia. Se trata de una igualdad formal, de derechos, a la vez que una subordinación social, psicológica de las mujeres como «madresposas» en el marco de la cultura patriarcal, dentro o fuera del matrimonio. Violencia de género evidente sostenida por la compulsión de cumplir el mandato cultural de vivir en pareja y la naturalización del comportamiento infiel de los hombres.

Es frecuente observar la existencia de mujeres que se encuentran en momentos de crisis en sus vínculos amorosos, en especial porque sus parejas les anuncian la separación o muestran indicadores de distanciamiento emocional, o porque ellas intuyen que es posible que exista, o se ha hecho real, una infidelidad. La idea implícita es alcanzar fuerzas para *aguantar, esperar, resignarse*, como si una sobrestimación del dolor adquiriera, inconscientemente, significados de afecto y autoestima: el prototipo de la mujer ideal sacrificada, abnegada, víctima.

La expresión «mujeres que aman demasiado» se ha utilizado para caracterizar a las mujeres que persisten en continuar con sus parejas aunque sean víctimas de maltrato psicológico o físico. En esta relación típica, construida sobre la base de «cierta igualdad», se reedita, sin embargo, una desigualdad constante, en la que justamente las mujeres aman demasiado.

Voy a esperar a que a él se le pase esta situación; es conveniente mantener el matrimonio... la vida es muy difícil para vivirla sola.

Las mujeres son dueñas de su capacidad de amar, que pueden dar libre y voluntariamente; no hay fuerzas formales que puedan obligarlas. Pero hay otras fuerzas. Las mujeres, como tendencia, necesitan amar y ser amadas para habilitarse socioexistencialmente como personas. A la vez,

carecen de autoridad para determinar las condiciones del amor y sus productos.

Tras décadas de igualdad legal, aún se fuerza a las mujeres a motivar su condición de complemento útil de los hombres. Se instituye el contrato sexual, en virtud del cual las mujeres continúan su subordinación, la que por producirse en el ámbito privado, aparece invisible e irrelevante.

Es éste el ámbito de mayor dificultad para la autonomía femenina, el punto de lucha más difícil hoy desde una lógica feminista, pues en este ámbito se comprometen afectos, lealtades, ganancias emocionales a las que no siempre es fácil renunciar o afrontar.

Las relaciones desiguales de poder en detrimento de las mujeres afectan su autoestima y salud mental y las impulsa a la postergación de su persona en beneficio de los demás. De lo contrario, es considerada como fracasada al no cumplir con el mandato cultural.

Espero de él que le ponga más interés a la casa, a la familia.

En la actualidad el impacto económico que posee la salida de las mujeres al trabajo remunerado y el cambio que supone para la familia la doble jornada femenina, constituyen algunos de los puntos más traumáticos en las sociedades contemporáneas, pues se torna conflictiva la exigencia a los hombres de mayor participación en el ámbito privado.

La distribución de roles en el hogar, así como la dinámica de interrelación íntimo-psicológica en la vida privada, siguen siendo sexistas. Ello ha profundizado las condiciones para que la pareja y la familia se conviertan en el medio más efectivo para acentuar la violencia, el autoritarismo, la intolerancia y la explotación del trabajo de las mujeres. Así el *intercambio desigual de cuidados y placeres* es otra expresión de violencia de género.

En la forma de relación sociosexual que domina actualmente, aunque el amor de las mujeres es entregado libremente, dada la jerarquía de género, habrá un desequilibrio en el afecto entregado, pues en términos de cuidados las mujeres siempre entregarán más sin la debida retribución. Esto posibilita a otras personas mantener su autoridad en la medida en que este confort psicológico les permite realizarse en otros ámbitos. Esto se acompaña de disponer de tiempo libre a costa de la sobreutilización del tiempo de las mujeres.

Una novedad de las recientes décadas: *la figura masculina deja de ser la proveedora por excelencia*. La paridad en la contribución económica e incluso el hecho de que en ocasiones sean las mujeres quienes aporten más en este sentido, trastocan el modo en que tradicionalmente había sido diseñado el poder dentro de la vida en pareja y familiar.

Al hacerse las mujeres coproveedoras, la autoridad se comparte y se avanza en un proceso que hace tambalear las jerarquías e impone un movimiento hacia relaciones más democráticas y de colaboración, lo cual se va alcanzando con fuertes tensiones.

Surge el «acuerdo contracultural» o cierta inversión de roles de género, lo cual, sin redimensión subjetiva, se convierte en fuente de desacuerdos, hostilidad mutua y en fuertes luchas por el poder, en los que cada cual impone sus criterios y opiniones y cobra deudas desde su lugar tradicional, que se conserva intacto aunque el acuerdo referido tenga rostro innovador.

No son pocos los conflictos que se generan dentro de la pareja y en la relación de ésta con su entorno cuando es la mujer la que posee mejor posición social, intelectual y laboral y aporta más económicamente a la vida familiar.

La contracultura y el desequilibrio que ocasiona en otra dirección, se cobran con una violencia sutil, emocional, en el terreno de los afectos, en el que las mujeres, además de la sobrecarga laboral, emergen privadas de la arista más tradicional y casi intacta hasta hoy del rol femenino: la *madresposa*.

El pseudoapoyo que no vaya acompañado de acciones cooperativas, es una forma de violencia, realizada hacia mujeres que acrecientan su ingreso al espacio público, profesional, para evitar así la oposición frontal. Retirar el afecto y tomar distancia, manifestar irritabilidad y crítica, ataques y culpas mediante quejas, reproches y descalificaciones, son alternativas hirientes muy típicas de parejas que hacen del vínculo una lucha por el poder y una batalla real.

En este contexto, las mujeres que creen obrar en libertad, están más bien obedeciendo nuevas consignas sociales, o sea, ser todo al mismo tiempo: *madres asalariadas* con doble jornada, *monjas* en aporte de fuerza de trabajo a la

colectividad, y *sexy* para atraer a sus parejas; tal como promueven las revistas: la supermujer. Todo menos ser para sí.

Esta multiplicidad de roles implica un constante desplazamiento por habilidades diferentes, a la vez que gran costo en energía psicológica al tener que conciliar lógicas, sistemas de valores, modos de pensar, sentir y actuar muy distintos.

La tensión se resuelve por medio de negociaciones en el mejor de los casos o se desplaza a través de padecimientos, malestares y agresiones, lo cual constituye reediciones de violencia de género.

La efectividad de todas estas maniobras, junto a la naturalización del sometimiento y la falta de autoafirmación de algunas mujeres, forman una combinación: mujeres maltratadas muy deterioradas en su autonomía, y varones violentos con aislamiento emocional progresivo y creciente desconfianza hacia mujeres que nunca terminan de someterse plenamente.

Éstas son las consecuencias de las asimétricas relaciones de género en muchos vínculos amorosos en el contexto patriarcal. Va quedando así, para este espacio de éxtasis, amor e «idilio», una intimidad dañada, un ejercicio de control más que de respeto y comprensión, privación de necesidades y ataques a la estima personal, incomunicación más que afrontamiento constructivo de las diferencias, con una incidencia mayor hacia las mujeres, a pesar de que algunos y algunas se conformen y satisfagan con la reproducción pasiva del rol.

No podemos afirmar rotundamente que hoy exista más violencia de género que hace décadas atrás. Lo que sí es cierto es que se han creado condiciones para que la violencia se recrudezca y se extienda, se agudicen las tensiones de género y se incrementen de modo acentuado las mujeres cada vez más críticas y contestatarias ante la subordinación y las situaciones de violencia en los vínculos amorosos, provocando su visibilidad actual.

Asimismo, aunque este fenómeno va variando en la medida en que se acrecienta la autonomía intelectual, económica y sexual de las mujeres, aún no se han producido suficientes cambios como para resolver completamente el sentimiento de dependencia emocional ni la adhesión a la feminidad tradicional.

Los cambios generados no están acompañados de una real redimensión en los valores patriarcales, ni en las propias mujeres, ni en los hombres, ni en la sociedad en su conjunto. Se mantienen los supuestos que sostienen el discurso educativo, científico, social y las prácticas educativas sexistas tradicionales.

La degradación de la imagen femenina en los medios de comunicación, los materiales educativos, los diversos mitos y discursos sociales, artísticos y publicitarios, crean un contexto sociocultural de aceptación, tolerancia e impunidad sexista, en el que se perpetúa el patriarcado y anida cómodamente la violencia que se observa en el ámbito de la pareja.

El viaje no se ha producido en sistema, y más que un cambio por desmontaje y reconstrucción, estamos ante un «cambio» por adición, necesario pero no suficiente aún para lo que se desea y espera, en términos de avance en valores humanos, en las sociedades contemporáneas.

Relaciones equitativas y justas entre las personas atendiendo al género, requieren de cambios en lo económico, lo político y en el imaginario social.

Impulsar nuevas feminidades y nuevas masculinidades que, aunque diferentes, no necesiten pensarse como desiguales en confrontación y exclusión con el fin de legitimar sus diferencias, contribuiría a desarticular las dicotomías. Supone una resignificación de lo que hasta hoy se ha estado entendiendo por hombre-mujer, masculino-femenino, maternidad-paternidad, familia. Es por ello que origina una revolución intelectual, cultural y en las relaciones sociales.

Supone también para las mujeres la recuperación de sus cuerpos para sí, poder aceptarlos, vivirlos y disfrutarlos sin tiranías culturales y sin temores de vulneración. De cuidar y autocuidarse. De recuperar una sexualidad-placer y la autonomía de decidir, desde el cuerpo y la sexualidad, las maneras deseadas para su satisfacción, en pareja o no, para la procreación o no.

Diferencia-jerarquía-desigualdad-discriminación-violencia, circuito invisible en retroalimentación que la cultura reedita cotidianamente, para contradecir el más mínimo valor, predicado desde una conciencia moral y humanista. Analizar

detenidamente lo anterior, posee especial significación pues avanzar en la transformación social nos convoca a continuar incesantemente en el análisis crítico y en la elaboración de fundamentos y

acciones que progresivamente tiendan a desmontar la cultura patriarcal hacia la construcción de sociedades y relaciones de pareja cada vez más humanas, diversas y democráticas.

Bibliografía

BONINO, LUIS (2004). «Micromachismos: La violencia invisible en la pareja en hombres por la igualdad». En www.Hombresigualdad.com

FERNÁNDEZ, ANA MARÍA (1993a). *La mujer de la ilusión*. Paidós, Buenos Aires.

——— (1993b). *Las mujeres en la imaginación colectiva*. Paidós, Buenos Aires.

FERNÁNDEZ, LOURDES (2000). «Mujeres académicas: ¿conflictos de roles?». En *Feminismos: del pasado al presente*. Ediciones Universidad de Salamanca.

——— (2002). «Género, ciencia y valores». En *Género, valores y sociedad*. OEI.

GUZMÁN, LAURA (1994). «La paz y los derechos humanos». En *Las vidas de las mujeres: rompiendo silencios, abriendo nuevos caminos*. Instituto Interamericano de Derechos Humanos, San José.

——— (2002). «Repensando la familia y la violencia desde los derechos humanos de las mujeres». En *Género, valores y sociedad*. OEI.

LAGARDE Y DE LOS RÍOS, MARCELA (2001). *Claves feministas para la negociación en el amor*. Puntos de Encuentro, Managua.

LÓPEZ BOMBINO, L (2002). *Por una nueva ética*. Editorial Félix Varela, La Habana.

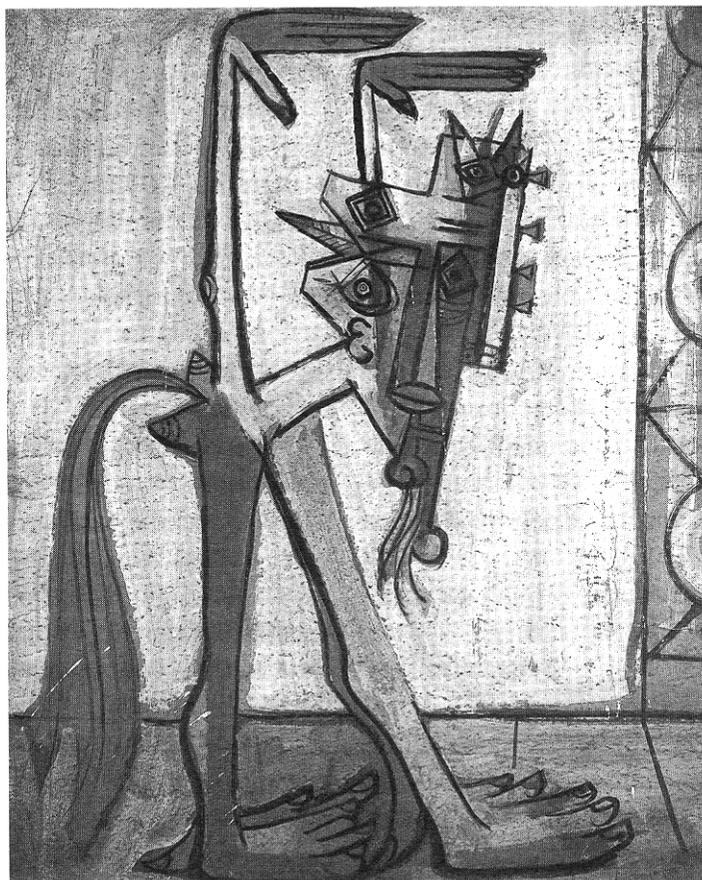
PÉREZ, EULALIA (1999). «Feminismo y estudios de ciencia, tecnología y sociedad: nuevos retos, nuevas soluciones». En María José Barral y Carmen Magallón (eds.): *Interacciones ciencia y género*. Icaria Editorial, Barcelona.

——— (2000). «¿El poder de una ilusión?: ciencia, género y feminismo». En *Feminismos: del pasado al presente*. Ediciones Universidad de Salamanca.

PÉREZ SEDEÑO, E. (2001). *Las mujeres en el sistema de ciencia y tecnología*. Cuadernos de Iberoamérica. OEI, Madrid.

RUBIO HERRÁEZ, ESTHER (2000). «Nuevos horizontes de la educación sexista». En María José Barral y Carmen Magallón (eds.): *Interacciones ciencia y género*. Icaria Editorial, Barcelona.

VILLOTA, PALOMA DE (ed.) (1999). *Globalización y género*. Editorial Síntesis, Madrid.



Composición (1957)
Óleo sobre tela, 205 x 284,5 cm